

La casa de Matriona

Un rincón tranquilo en Rusia

Un ferrocarril de vía estrecha cruzaba Torfoprodukt. La máquina, que echaba mucho humo y silbaba con estridencia, arrastraba por el pueblo una fila de vagones llenos de turba terrosa. Este era el lugar al que me había conducido mi sueño de encontrar un rincón tranquilo en Rusia.

En el banco de la estación no logré conciliar el sueño. Al despuntar el día me fui a vagar por el pueblo.

Compré una botella de leche a una mujer, y ella me cantó tiernamente unas palabras:

-Bebe, bebe a gusto.

Al acabar el mercado la mujer me llevó a Tallново. Llegamos a un estanque medio seco donde nadaban unos cuantos patos.

-Matriona -me dijo- no tiene todo limpio; es muy desordenada y está enferma.

La casa de Matriona tenía una hilera de ventanucos que se asomaban a la parte más fresca de la casa y un techo de dos pendientes con una ventanita que se abría en la buhardilla que hacía de primer piso.

El portillo estaba cerrado, pero mi acompañante pasó la mano por debajo y corrió el pasador.

El patio no estaba cubierto, pero en la casa había muchas dependencias comunicadas directamente.

Detrás de la puerta de entrada había unos escalones que subían hasta un entarimado cubierto con un techo alto.

A la izquierda había una escalera que conducía arriba, a la sala alta, una construcción sin estufa, y otra que llevaba abajo, a la habitación inferior.

Y a la derecha estaba la izba propiamente dicha, con su buhardilla y su bodega.

Cuando entré la mujer estaba acostada en el banco de la estufa, allí mismo, en la entrada. La espaciosa izba estaba llena de jarrones y macetas de cactus.

El rostro redondo de la mujer me pareció amarillento. Sus ojos dejaban adivinar que la enfermedad la dominaba.

Me habló tendida boca abajo, con la cabeza vuelta hacia la puerta. Se quejó de la enfermedad que padecía: "...me coge dos o tres días en los que no puedo ni levantarme... no le podré ofrecer nada de comer. Ahora, que se instale en la izba no me sabe mal."

Me enumeró otras señoras con las que yo estaría mejor y me invitó a visitarlas.

Cuando regresé estuvo rechazando mi oferta largo rato, pero la verdad es que me recibió levantada e incluso me pareció que en sus ojos brillaba una chispa de satisfacción al ver que había vuelto. Nos pusimos de acuerdo con respecto al precio y a la turba que la escuela enviaría.

Un gato

No dividimos la habitación. Su cama estaba en el rincón de la puerta, junto a la estufa. Yo coloqué mi catre debajo de la ventana.

Aquel otoño y aquel invierno la izba resulto ser una buena casa: no había goteras y cuando soplaban el viento helado el calor de la estufa se mantenía hasta la madrugada.

En la izba había un gato viejo. Matriona lo había recogido por lástima y él se había acostumbrado a la casa. A pesar de que el animal andaba sobre las 4 patas, cojeaba notablemente: tenía cuidado de una de sus patas, la enferma.

Si en la izba había ratones no era por culpa del gato cojo: saltaba como un rayo y regresaba con su presa en la boca. Pero entre los troncos que formaban la izba y el empapelado, los ratones habían abierto pasadizos por los que corrían con insolente rumor. El gato miraba con irritación el lugar del que provenía el ruido, pero no podía alcanzarlo.

En ocasiones el gato comía también escarabajos, pero este alimento le ponía enfermo.

Matriona se levantaba entre 4 y 5 de la mañana. Encendía la estufa, ordeñaba la cabra, iba a buscar agua y la calentaba en 3 marmitas. Para la cabra elegía las patatas más pequeñas, para sí misma las pequeñas y las mías eran de la medida de un huevo.

Yo me despertaba con la tardía luz invernal. Cuando oía un ruido discreto al otro lado del tabique, saludaba:

-Buenos días, Matriona Vasilievna.

-Mmm... Usted también los tenga.

Y un momento después:

-El desayuno está preparado.

No era difícil adivinar el desayuno: patatas, sopa de patatas o gachas de cebada.

Yo no buscaba en la comida el sentido de la vida. Para mí, tenía más importancia la sonrisa de su cara redonda. Cuando hube ganado dinero suficiente para comprarme una máquina de fotografiar intenté, en vano, captar aquella sonrisa. Cuando se veía enfocada por el ojo del objetivo, Matriona adoptaba una expresión exageradamente severa.

Las vecinas la convencieron de que solicitase la pensión por el marido, es decir, por la pérdida de quien sostenía el hogar. Pero el marido faltaba desde hacía 12 años y no era fácil obtener ahora los certificados de los sitios en los que había prestado sus servicios.

Cuando se despertaba, Matriona sabía en que iba a ocupar el día: o bien se iba a recoger turba; o frambuesas silvestres que conservaba en compota para el invierno; o cavar las patatas; o a hacer las gestiones para la pensión; o encontrar el heno que comía su cabra.

Cuando faltaban brazos en el koljós, la mujer del presidente entraba en la izba y sin decir ni buenos días, miraba a Matriona con severidad:

-Camarada, mañana irá usted al koljós a trajinar estiércol.

Matriona tenía mucho ajeteo cuando le tocaba mantener a los pastores de cabras. Iba a la cooperativa y compraba conservas de pescado y azúcar y mantequilla.

El alavoz

Matriona temía a los incendios, a los relámpagos y, sobre todo, no sé por qué, temía al tren.

Aquel invierno, finalmente le pagaron 80 rublos de pensión. Y entre la escuela y yo pagábamos más de 100 rublos.

En un baile en la izba fui presentado a las 3 hermanas de Matriona.

Matriona no tenía una fe ferviente; más bien la dominaban las supersticiones: si la nieve se arremolina significa que alguien se ha ahorcado, si te pillas el pie en la puerta, tendrás visita... En la izba había iconos colgados, y en los días festivos Matriona encendía la lámpara y la dejaba hasta la noche.

Matriona empezó a escuchar con atención mi radio (me hice instalar un alavoz como llamaba Matriona al altavoz).

Chaliapin cantaba canciones rusas. Matriona permanecía plantada, escuchaba y opinaba:

-No. No es así. No son nuestros acordes.

Una vez daban un concierto de romanzas de Glinka. De pronto Matriona salió de detrás del tabique, con el delantal en las manos, con una película de lágrimas sobre sus mates ojos, y musitó:

-Eso sí, eso sí que es a nuestra manera...